

SIMONA WEIL

Escribe: ALVARO SANCHEZ

Acaso sea esta la primera vez que los lectores del Boletín tropiecen con este nombre, y, al hacerlo, como es muy natural, se pregunten: pero, ¿y quién era Simona Weil? Fue, respondemos, una de las almas femeninas más extraordinarias y uno de los talentos metafísicos mejor dotados de los últimos años, digno de parangonarse, a mi ver, con el mismo Bergson con quien sería tentador ensayar un paralelo.

Simona Weil nació en París, el 3 de febrero de 1909 y murió en el sanatorio de Ashford, del condado de Kent (Inglaterra), en abril de 1943. En esos 34 años que separan las dos fechas transcurrió su vida intensa al par que heroica: intensa por la labor intelectual, heroica por lo sacrificada para acercarse íntimamente a los que viven del trabajo, del sufrimiento y del silencio.

Casi una niña, después de los preliminares del bachillerato, inició estudios serios de filosofía en el Liceo Víctor Duruy como preparación para ingresar a la Escuela Normal *Enrique IV* de París, bajo la dirección del profesor Alain, que advirtió en ella "un poder intelectual de excepción". Egresada en 1931 con el título de profesora agregada en filosofía, fue nombrada para una cátedra de esa materia en el Liceo de Señoritas de Puy.

Deseosa de conocer los problemas sociales en su cruda realidad, pidió licencia por un año y se fue al Jura a trabajar en el campo y luego, finalizadas las labores agrarias del verano, entró como obrera, no embargante lo débil de su salud, a la fábrica de automóviles Renault. Conocidas sus condiciones de intelectual, la fábrica quiso que su medio de trabajo fuese mejor que el de las simples obreras. Simona rehusó. ¿Cómo hubiera podido conocer la cruz proletaria? Y es de admirar que esas rudas fatigas no le impidiesen, en sus breves horas de descanso, adelantar sus estudios de griego, idioma que la apasionaba. Necesitaba leer a Platón, en su sentir más que un filósofo un místico.

Después de un año de licencia, tornó al magisterio en el Liceo de Señoritas de Bourges, actividad que suspendió para ver de cerca la guerra española, y de esta suerte conocer experimentalmente, después de haber probado las faenas campesinas, las rudeces de los trabajos en la fábrica, saborear también las incertidumbres, las amenazas, los riesgos de muerte de una campaña.

Justamente el 13 de junio de 1940 salió de París y se fue a vivir a Marsella. Hora afortunada que la hizo conocer al Padre Perrin O. P. con el cual cultivó una amistad cuyo provechoso resultado bien hubiera podido ser su conversión al catolicismo. Perdone el lector si había omitido decir que Simona era judía de sangre y de religión. En Marsella hizo lo propio que en el Jura: aprovechar las vacaciones para prescindir de la docencia e ir a trabajar con los vendimiadores en el campo. Las horas tibias de esas noches de verano consagrábalas a estudiar griego y a adelantar sus conocimientos de sánscrito.

De esa época son unas páginas sobre una versión propia del Padre Nuestro, tan sentidas, que los lectores del Boletín sabrán agradecer las transcripciones que vamos a hacer de algunos párrafos reveladores de la profunda vida interior de esta extraordinaria judía.

“El año pasado, dice, estudiando a los helenos con el profesor N. N., le traduje literalmente el Pater del griego. Nos prometimos aprenderlo de memoria. Creo que él no lo hizo. Yo tampoco en ese momento. Pero algunas semanas más tarde, puesto que lo había prometido y estaba bien, debía hacerlo. Lo hice. La infinita dulzura de ese texto griego se apoderó de mí de tal manera que durante algunos días no podía evitar el recitarlo continuamente. Una semana después comenzó la vendimia. Todos los días recitaba el Pater en griego, y lo repetía a menudo en la viña.

He aquí algunos apartes de los comentarios que añadió a su traducción de la oración dominical:

“Nuestro pan, que es eterno, dánosle hoy”.

“Cristo es nuestro pan. Solo podemos pedirlo para ahora. Pues siempre está ahí a la puerta de nuestra alma; quiere entrar, pero no fuerza el consentimiento; si consentimos entra; pero tan pronto como no lo queremos se va.

.....

“Tenemos necesidad de pan. Somos seres que recibimos constantemente nuestra energía desde afuera, pues a medida que la recibimos la agotamos por el esfuerzo. Si nuestra energía no se renueva diariamente, nos volvemos carentes de fuerza e incapaces de movimiento. Aparte de la alimentación propiamente dicha, en sentido literal, todos los estímulos son para nosotros fuentes de energía. El dinero, el ascenso social, las consideraciones, las condecoraciones, la celebridad, el poder, los seres amados, todo lo que infunde en nosotros la capacidad de obrar, es como el pan. Si alguna de esas ataduras penetra bastante profundamente, hasta las raíces vitales de nuestra existencia, puede quebrarnos e inclusive hacernos morir. Esto se llama morir. Es como morir de hambre. Todos estos afectos constituyen, como al alimento propiamente dicho, el pan de aquí abajo. Depende enteramente de las circunstancias concederlos o rehusarlos. Con respecto a las circunstancias no debemos pedir nada, sino que sean conformes a la voluntad de Dios. No debemos pedir el pan de aquí abajo.

Hay una energía trascendente, cuya fuente está en los cielos, y que corre para nosotros desde que la deseamos. Es realmente una energía; ejecuta acciones por intermedio de nuestra alma y nuestro cuerpo.

“Debemos pedir este alimento. En el momento en que lo pedimos y por el hecho que lo pedimos sabemos que Dios quiere dárnoslo. No debemos soportar el pensamiento de permanecer un solo día sin él. Pues cuando las energías terrestres, sometidas a la necesidad de aquí abajo, son las únicas que alimentan nuestros actos, solo podemos hacer y pensar el mal...

Prescindimos de hacer otras citas, pues es nuestro propósito reseñar simplemente su vida, con tal fin pasamos a copiar unos breves apartes de una carta al P. Perrin O. P., verdadera nota autobiográfica. Cuenta cómo pasó unos días maravillosos en Asís y otros, por Semana Santa, en Solesmes. No retardemos la oportunidad de oírla. “Sola en la pequeña capilla románica del siglo XII de Santa María degli Angeli, incomparable maravilla de pureza, donde San Francisco oró a menudo, algo más fuerte que yo misma, me obligó, por primera vez en mi vida a ponerme de rodillas.

“En 1938 pasé diez días en Solesmes siguiendo todos los oficios. Tenía dolores de cabeza intensos, cada sonido me dolía como un golpe, y un supremo esfuerzo de atención me permitía salir de esta carne miserable, dejarla sufrir sola, abandonada en un rincón, y encontrar una alegría pura y perfecta en la belleza indecible del canto y las palabras. Esta experiencia me permitió al menos por analogía comprender la posibilidad de amar el amor divino a través del sufrimiento. Por supuesto, durante esos oficios de la Pasión de Cristo entró en mí de una vez para siempre.

.....

“Sin embargo, rechacé a medias, no mi amor sino mi inteligencia. Pues me pareció cierto, y aún lo creo, que no se puede resistir demasiado a Dios si se lo hace por puro anhelo de verdad, pues antes de ser Cristo es la Verdad. Si uno se aleja de El para ir hacia la verdad, no irá muy lejos sin caer en sus brazos.

“Después de esto sentí que Platón era un místico; que toda la Iliada está bañada en luz cristiana, y que Dionisio y Osiris son en cierto modo el mismo Cristo, y mi amor fue en cierto modo dos veces mayor.

“No me preguntaba jamás si Jesús fue o no una encarnación de Dios, pero de hecho era incapaz de pensar en El sin pensarlo como Dios.

Las cortas transcripciones que hemos hecho revelan un pensamiento cristiano si bien no hizo nunca un acto de fe formalmente católico. Durante su permanencia en Marsella hizo amistad con ciertos elementos inficionados (acaso llevada por su anhelo de pureza) de la herejía cátara y ello maleó sin duda el pensamiento de la Weil.

En junio de 1942 recibió una misión especial del gobierno provisional francés y partió para Inglaterra. En Londres trabajó con un empeño

agotador que, teniendo en cuenta lo débil de su salud física, a vuelta de pocas semanas, le ocasionó la muerte.

He aquí, en síntesis muy sencilla, la vida de Simona Weil.

Dije al principio la posibilidad de esbozar un paralelo entre la Weil y Bergson. En efecto, y a título de boceto, digamos para comenzar que ambos eran judíos; el uno y la otra de excepcionales capacidades intelectuales en especial para la filosofía; los dos adelantaron estudios normalistas. Bergson guiado por sus aficiones psicológicas (recuerde el lector su punto de partida, "*Los datos inmediatos de la conciencia*", "*La Evolución creadora*", "*Materia y memoria*", obras todas inscritas en el Índice a causa de sus peligrosas tesis heterodoxas) y el pensamiento casi místico de "*Las dos fuentes de la moral y de la religión*": la filosofía lo llevó a Dios.

A Simona Weil la condujo a la verdad cristiana su afición a la sociología, y su amistad con el P. Perrin.

Ambos escritores, no comparables, es verdad, por el estilo: Bergson es la elegancia, la pureza idiomática; Simona Weil, preocupada por ceñir el idioma como una túnica a su pensamiento, es poco comprensible, y casi siempre un sí es no es pesada.

Ninguno de los dos recibió el bautismo. ¿Por qué? Ambos por causa diferente, mas tan aceptable que revelan la honradez de su conciencia.

El 13 de enero de 1951 la revista "France-Illustration" publicó una nota sobre Bergson de la cual son estas líneas: "*Mes réflexion m'ont amené de plus en plus pres du catholicisme, ou je vois l'a chevement du judaïsme. Je me serais converti si ja n'avais pas vu se préparer depuis des années la formidable vague d'antisimetisme qui va defeler su le monde. J'ai voulu rester parmi ceux qui seront demain persécuté*". De suerte que Bergson no se hizo bautizar por una razón, que pudiéramos llamar, social, de admirable nobleza: para que mañana no se fuera a interpretar su bautismo como una manera de evadirse de la persecución.

La Weil no se hizo bautizar... Ella misma nos lo va a decir: "*Si la voluntad de Dios es que yo entre en la Iglesia, me impondrá esa voluntad en el momento preciso en que yo merezca que me la imponga.*

Me parece que la voluntad de Dios no es que yo entre ahora en la Iglesia. Pues lo que ya le dije es aun verdadero, la inhibición que me retiene no se hace sentir con menos fuerza en los momentos de atención, amor y plegaria que en los otros momentos. "Y sin embargo experimenté gran alegría cuando le oí decir que mis pensamientos tal como se los expuse, no son incompatibles con el hecho de pertenecer a la Iglesia, y que por tanto en espíritu no soy extraña a ella.

No puedo dejar de preguntarme si, en estos tiempos en que una gran parte de la humanidad está sumergida en el materialismo, Dios no quiere que haya hombres y mujeres entregados a El y a Cristo y no obstante permanezcan fuera de la Iglesia.

Arcanos designios de Dios que no permitió dar el bautismo a dos almas muy grandes, rectas y sinceras. No pertenecieron al cuerpo de su Iglesia, pero sí a su alma por su rectitud y por su fe.

Hablemos solamente de la Weil y sobre un tema tal vez muy prosaico. Es verdad que el gran crítico belga Charle Moeller la dedicó un estudio; que la casa editora de "Panorama del pensamiento contemporáneo" la hace figurar con elogio; que la empresa editorial *Sudamérica* de Buenos Aires ha editado varias obras en traducción castellan debida a la pluma de María Eugenia Valentié: no obstante ello creo que la escritora francesa merecía ser más conocida. ¿Cómo explicar que mientras se multiplican las ediciones de novelas de tres al cuarto, obras fundamentales como "Espera de Dios" de la Weil no es conocida ni aún de lectores acuciosos? Se me dirá que una cosa es la novela y otra la filosofía; yo añadiré una observación ya hecha, que el estilo mismo de la Weil no es el ágil y cuidadoso de Bergson, sino uno un poco pesado y, acaso, nada grato a nuestro paladar criollo. Mas replico: ¿No se multiplican las ediciones y traducciones, si es que de filosofía se trata, de autores existencialistas a veces ininteligibles? ¿Será más bien que el hombre de nuestros días no quiere hacer la obra por esencia humana: pensar; y así no gusta leer las páginas, frutos del pensamiento y que por ello mismo llevan a los hombres a pensar.

Ojalá los lectores de esta nota consiguieran el libro de J. M. Perrin y G. Tribon titulado: *Simone Weil telle que nous l'avons connue*, amigos de Simona a quien conocieron y trataron muy íntimamente. Creo que su lectura es muy importante, y me atrevo a decir que necesaria a quienes deseen conocer la mente de esta singular escritora y aprovechar su lectura.